

ANNETTE BJERGFELDT

**EL CINE
AMBULANTE
DE
MR SAITO**

Traducción de:
MARTA ARMENGOL ROYO



MAEVA

*Una historia de amor
en siete olas*

Primera ola (1910-1937)



La caja de zapatos

FUI CONCEBIDA EN una pista de baile de Buenos Aires en 1927. De fondo sonaba el tango *Valencia*, de Carlos Gardel, que ese año fue un éxito en toda la Argentina. Conociendo a mi madre, Fabiola Cordero de Dios, no tiene nada de extraño que mi existencia comenzara de esta manera.

Haría falta un viaje al norte, un desembarco en Nueva Escocia y un masaje a fondo en el cuero cabelludo para arrancarle esa información. Pero, siendo sinceros, lo de la pista de baile no sorprendió a nadie. Y a mí menos que a nadie. Desde niña, supe que Fabiola iba a lo suyo. Que era una madre desnaturalizada que nunca se sabía por dónde iba a salir.

Fabiola había hecho acto de aparición diecisiete años antes, en 1910, en algún punto de San Telmo, el barrio inmigrante más antiguo de Buenos Aires. Pesó apenas ochocientos gramos, puesto que nació dos meses antes de tiempo.

Pocos minutos después de dar a luz a Fabiola, su madre falleció en la cama en la que acababa de parir. El padre recién estrenado no tenía ni idea de qué hacer y, en un ataque de pánico, metió a su hija recién nacida en una caja de zapatos que había contenido un par de mocasines de caballero cosidos a mano de suave piel de vacuno, los zapatos con los que había bailado el vals nupcial apenas un año antes. Forró la caja con trapos y contempló con incredulidad a aquella criatura diminuta. Ochocientos gramos

extraordinarios acababan de llegar al mundo, pero él no podía pensar en otra cosa que en la mujer que acababa de perder.

Cuando el llanto del bebé subió de volumen, agarró la caja de zapatos y salió corriendo a la calle para dejarla ante el portal del convento de Santa Magdalena. Había garabateado unas palabras en un trozo de papel en las que se explicaba sin dar su nombre. Abajo del todo, firmó: «Perdóname...». Metió de cualquier manera el papel entre los trapos y se perdió en la noche.

A la mañana siguiente, con el canto del gallo, el jardinero del convento abrió el portal para sacar la basura. Para su sorpresa, se encontró con la caja de zapatos y, al inspeccionar su contenido, se topó con unos ojazos luminosos de media luna. Con cuidado, la llevó a la cocina y la puso en manos de sor Delphine, que colocó la caja con el bebé junto al fogón. Antes de que terminara la mañana, no quedaba nadie en el convento que no se hubiera enterado de que había llegado una niña.

Como es natural, ninguna de las monjas tenía leche para darle, y muy pocas apostaban por la supervivencia del ser microscópico de la caja de zapatos. Pero, como todo el mundo sabe, de la adversidad nace la fuerza, y la niña las sorprendió a todas.

La madre superiora, una italiana que fue nombrada por el mismo Papa Pío X, le puso a la niña el nombre de Fabiola, que en italiano significa «habichuela». Como la niña no tenía padres, las monjas eligieron el apellido «Cordero de Dios» como colofón lleno de esperanza. Así pudieron inscribir a la criaturita en el registro de la iglesia y Fabiola pasó a formar parte oficialmente de los seres vivos por los que vela el buen Dios.

Al ser tan chiquitita, las hermanas de la Magdalena no creyeron que la niña fuera a hacerse mucho más alta que la mata de guisantes que tenían en el huerto. Pero la cabra del convento daba leche a espuertas y, a cada día que pasaba, Fabiola crecía y se hacía más fuerte. La caja de zapatos fue su primera cuna en este mundo, y el leve aroma de los zapatos de piel de vacuno de su padre le infundía seguridad.

Entonces, la madre superiora pidió a la Virgen una señal: ¿podían quedarse con la niña en el convento, o debían ponerla en manos de una familia decente?

Esa misma noche, durante la oración de vísperas, un cuervo recorrió el convento volando hasta posarse bajo la bóveda del techo. Se quedó ahí un largo rato acicalándose las alas relucientes sin perder de vista a las monjas. Si lo que se esperaba la madre superiora era que la Virgen le mandara un lindo zorzal que cantara cuando el resto de aves se hubieran dormido, se llevó un buen chasco.

Pero una debe conformarse con las señales que recibe, sean cuervos o zorzales. La madre superiora decidió que la Virgen María había expresado el deseo de que la niña se quedara con ellas.

Y así fue como Fabiola se crio en la casa de Dios. Igual que las monjas, vivía de las verduras del huerto, de huevos de gallina y de las uvas negras que crecían en las colinas que rodeaban los vetustos edificios del convento. Mientras los inmigrantes españoles, rusos e italianos peleaban por encontrar un sitio en las barriadas marginales, a Fabiola la educaron en la piedad de la Virgen entre muros de piedra. Las ocho horas canónicas por las que se regían las monjas seguían el ritmo del día y conformaban una suerte de música. Las hermanas de Santa Magdalena procedían de todos los rincones del globo y, después de rezar y cantar, enseñaban italiano, francés e inglés a la niña.

En cuanto Fabiola fue capaz de salir por sus propios medios de la caja de zapatos, su alma errante se manifestó con claridad. La madre superiora tenía la esperanza de que la corderita de Dios se pusiera a menear el rabo y dedicara su vida a Jesús en el convento, pero se llevó otro chasco: la niña ya estaba harta de estar encerrada.

A los catorce años, Fabiola se había convertido en una chica alta y flaca de grandes ojos negros con los pómulos muy afilados. Era esbelta y tenía unas piernas sorprendentemente largas

con las que cruzaba como si nada el portal del convento para dirigirse hacia el Río de la Plata.

Esa zona estaba repleta de bares, burdeles y salas de baile. Fabiola se sentaba en un banco y se quedaba absorta bajo los jacarandás violetas mientras contemplaba a los transeúntes sin dejar de tararear, fascinada por lo que sucedía a ras de suelo.

Allí sentada veía un poco de todo: un caracol que iba de camino a España, una postal con un sello exótico que nunca llegó a su destinatario y una llave perdida en la orilla fangosa del río. ¿La arrojaría alguien en un gesto de ira? ¿O se había perdido por despiste?

Al mismo tiempo, Fabiola adquirió una colección de insultos e improperios que la gente se arrojaba por la calle: «Mierda, la puta madre, imbécil, qué boludo» y cosas aún peores.

La mayor parte de su atención, sin embargo, la dedicaba a los zapatos. En el convento de Santa Magdalena, las monjas miraban hacia el cielo y sus sandalias quedaban escondidas bajo el hábito. Pero ahí, junto al río, se abrió otro mundo ante Fabiola, que tenía mucho ojo para los detalles.

Las calles estaban llenas de pies. Un gaucho curtido pasaba a caballo con botas de montar de caña alta. Una pata, una pazuña, un casco. Y unos zapatos de charol... ¿se habrían perdido? Un pobre mutilado con una sola pierna apoyado en un árbol, una mujer cimbreada de tobillos muy bonitos, de los que Fabiola también andaba sobrada.

Veía pasar a los soñadores, a los dormidos, a los lujuriosos, a los ebrios, a los tullidos, a los fornidos y, por supuesto, a los recién enamorados que parecían flotar.

Fabiola descubrió que había mucha gente que caminaba con los pies hacia dentro, como si no quisiera ocupar espacio, mientras que otros iban provocando con zapatos de cordones gruesos y hebillas insinuantes. ¿Adónde se dirigirían todos esos zapatos, habría algunos por ahí que pertenecieran a su padre? En cualquier caso, sentía la necesidad de librarse cuanto antes de sus alpargatas marrones de esparto.

Hay tantos andares como personas en el mundo. Dime cómo andas y te diré quién eres. ¿Con prisa, con ligereza, arrastrando los pies? ¿O huyendo de todo?

Todo empieza por los pies. Evidentemente, hay que elegir el calzado adecuado según el lugar al que se quiera ir, ya sean puntas de *ballet*, botas de montaña o un par de grandes aletas de buceo.

Fabiola se juró que su viaje lo haría en zapatos de tango, porque los pies están hechos para bailar. Y los pies de mi madre no podían evitar ponerse a bailar en cuanto sonaba una nota en cualquier punto de la ciudad. Cuanto más miraban las monjas hacia el cielo, más se veía Fabiola arrastrada a los milagros que sucedían en la Tierra. Fabiola no aparecía a las horas de las comidas y se saltaba la comunión. Cuando las monjas la llamaban, se oía solo un eco que rebotaba por las paredes. «¡Fabiola... ola... ola... olala!». ¿Dónde estaba Fabiola? Junto al Río de la Plata estudiando hebillas, tacones y cordones. Las monjas, que la habían preparado para una vida contemplativa, tuvieron que resignarse. «¡Madre mía!». La niña se pirraba por los zapatos.

Tras muchas conversaciones muy serias y gran cantidad de oraciones a la Virgen de la capilla, la madre superiora acabó dándose por vencida y, en 1925, consiguieron encontrarle a Fabiola un puesto de aprendiz en una exclusiva tienda de zapatos en el centro de Buenos Aires.

El palacio del zapato estaba situado en la mismísima calle Florida. Un edificio imponente que parecía una tarta de crema con sus balcones blancos y su toldo azul cobalto que hubiera seducido hasta a los ángeles para que entraran en la tienda. Ese templo del calzado tenía el escaparate más bonito de la zona y vendía tacones de aguja forrados de seda y mocasines de piel de antílope a una clientela muy selecta. En el susodicho escaparate se exhibían botas abotonadas para acudir a las carreras en el Hipódromo Argentino y babuchas de Etiopía de brocado plateado que daban a entender que quien las llevaba no estaba

atribulado por las tareas diarias. Acudían sibaritas de todo el mundo para comprar modelos de cabritilla cosidos a mano. Zapatos que sentaban como un guante. Pero a mi madre los zapatos que más le gustaban eran los de tango.

FABIOLA ACABABA DE cumplir los quince cuando entró en la empresa. Empezó en el puesto más bajo del escalafón y se la consideraba una chica para todo, simplona y de piernas largas, bajo la vigilancia de la propietaria, la señora Yvette, que se paseaba por el taller con uñas perfectas y un complejo moño trenzado y mechado de blanco. Esa mujer parecía un pastelito con aroma a lavanda que nunca dirigía la palabra a Fabiola, sino que le mandaba mensajes a través del resto de empleados, que aprovechaban para mangonearla. Fabiola pronto descubrió que la señora Yvette recibía zapatos de Europa sin pasar por aduanas a través de contactos que su familia había cultivado durante años. El gobierno miraba para otro lado y dejaba pasar los cargamentos en el puerto. A cambio, los generales y sus esposas eran clientes habituales en El palacio del zapato y se llevaban todo lo que querían. En la trastienda había una sala reservada a los clientes más exigentes. Allí acudían los europeos disolutos y los artistas famosos de la época con sus queridas. Las estanterías estaban repletas de los modelos más extravagantes, que no podían encontrarse en ningún otro lugar del mundo. Zapatos cubistas con ojos pintados a mano, peces dorados con bocas entreabiertas y agallas.

A Fabiola no le estaba permitido entrar en aquella trastienda tan especial. A ella le tocaba sacar cajas de zapatos de los estantes más altos encaramada a una escalera de tres metros. Todo el día arriba y abajo. Desde allí arriba, veía cómo los zapatos más exquisitos del universo eran ofrecidos como pichones en bandejas de plata por dependientes con perilla y bigotes de puntas rizadas, el último grito en materia de peluquería. Evidentemente,

los calzadores que se usaban en la tienda eran de plata y marfil, y los empleados no llevaban ni un pelo fuera de lugar.

Fabiola debía subir la escalera trasera al menos diez veces al día para llegar al almacén, que estaba en la buhardilla del edificio. Ahí se guardaban las muestras de las nuevas colecciones y los pares que había que devolver. Y, cuando Fabiola no estaba subiendo y bajando escaleras, se dedicaba a lustrar largas hileras de zapatos.

—¡Otra vez! —le decían, aunque los zapatos estaban ya tan relucientes que la señora Yvette podía pintarse los labios mirándose en el cuero lustroso.

Los empleados miraban a mi madre por encima del hombro por ser una atontolinada. Ninguno de los dependientes era consciente de lo bien que Fabiola hablaba italiano, francés e inglés. Y, por encima de todo, no eran conscientes de lo bien que hablaba el lenguaje corporal. Intuía al instante qué zapatos harían feliz a cada cliente, incluso antes de que pusieran un pie en la tienda.

Por desgracia, se la consideraba demasiado joven e inexperta para trabajar de cara al público. Y eso la fastidiaba sobremanera, sobre todo cuando veía marcharse a una bailarina de *ballet* estrenando unos botines nuevos preciosos que sabía que le harían ampollas al cabo de pocas horas. Alguien que actuaba ante el público del Teatro Nacional noche tras noche necesitaba unos zapatos que dejaran espacio suficiente a su maltrecho dedo gordo.

UN DÍA, LA mundialmente famosa Josephine Baker se presentó en la tienda. Los rumores de la aparición de la artista con una falda de plátanos en París iban de boca en boca, y por eso llegó seguida de una multitud de admiradores junto con un taxista que se había ofrecido voluntario para llevarle las cosas. Los dependientes se abalanzaron sobre Josephine como abejas a la

miel, pero ella los ahuyentó a todos; prefería visitar la tienda a su aire. Entonces vio a Fabiola, que estaba en lo alto de la escalera con una caja bajo el brazo.

—*Mademoiselle*. Me apetece algo diferente. Usted es joven, ¡sorpréndame! —ronroneó en francés la señorita Baker mientras dejaba caer su abrigo de pieles al suelo.

Fabiola bajó de la escalera, miró de reojo a la señora Yvette, echó una ojeada a los pies de la señorita Baker y tomó una decisión. Mi futura madre se dirigió decidida a la fabulosa trastienda, franqueó el dintel prohibido y así cruzó el Rubicón. Ahí encontró un par de sandalias plateadas traídas de Barcelona que tenían forma pentagonal, correas dobles y unos tacones que representaban un racimo de uvas futurista.

Fabiola se arrodilló y le abrochó las sandalias a Josephine Baker, que se pasó un buen rato andando por la tienda y mirándose al espejo. Las correas plateadas relucían sobre su piel morena. Todos contuvieron la respiración.

—Estos zapatos están llenos de aventuras. Son originales y divertidos y, a la vez, elegantes como el ala de un pájaro. Puedo pasarme el día bailando con ellos puestos sin perder el buen humor cuando me acueste —dijo la señorita Baker entre risas.

—*Oui!* —exclamó Fabiola, envalentonada—. Este modelo destaca y además embellece los tobillos sin que una acabe con los pies doloridos.

—Chica lista —asintió Josephine.

Compró tres pares, que el taxista metió en el coche. La señorita Baker recogió su abrigo de pieles con garbo antes de que la puerta de la tienda se cerrara a su espalda.

Ese día, la señora Yvette por fin se fijó en Fabiola, que se ganó unos cuantos archienemigos; a los demás dependientes no les hizo ninguna gracia verse destronados como el ojito derecho de la propietaria.

Mi madre adquirió la responsabilidad de atender a las celebridades. Fabiola hacía crecer varios centímetros a sus clientes,

despedía a la flor y nata de la ciudad con sandalias de satén de color mantequilla con mariposas de adorno o zapatos de baile de puntera estrecha. Los clientes querían estrenar de inmediato su nuevo calzado y salían de la tienda bajo las nubes ufanas que salpicaban el cielo.

El buen ojo de Fabiola para los zapatos despertaba miradas de complicidad entre sus clientes cuando se encontraban en bailes, inauguraciones o estrenos en el Teatro Colón, cada uno cimbreándose sobre su espectacular calzado. Al verse, compartían una sonrisa clandestina que significaba: «¿A ti también te atendió Fabiola?».

PODRÍA DETENERME AQUÍ, la verdad, mientras todo va bien. Justo en el punto en el que Fabiola empieza a medrar y la cosa va sobre ruedas. Si continúo, la historia tomará otros derroteros: revolución tras revolución sacudirá el continente, yo llegaré al mundo y empezará nuestro viaje al norte. Pero ni siquiera el forzado del circo más musculoso puede detener el tiempo. Hay que agarrarse bien para no caerse y perderselo todo.

Voy a llevarte conmigo por este recorrido a través de mi tortuoso árbol genealógico. Pero, antes que nada, una advertencia: no te quepa duda de que voy a despistarme e irme por las ramas. Siempre me ha parecido más divertido dejarse llevar que seguir un camino marcado. Eso lo heredé de Fabiola, y es un rasgo que no va a menos con la edad. Tenlo presente.

Pasos de tango

EL PRIMER SUELDO de Fabiola como vendedora de las estrellas fue invertido en un par de zapatos de tango de una de las estanterías superiores. «Terciopelo color frambuesa con correas cruzadas, de Madrid». Tras la hora del cierre, Fabiola se calzaba sus zapatos frambuesa y ponía rumbo a los salones de baile. Se peinaba los rizos morenos, se alisaba la falda y lucía su discreto escote. El carné de baile se le llenaba en un suspiro y manos masculinas de todo pelaje la paseaban por la pista.

Ahí aprendió los pasos básicos de la vida: se empezaba con calma con la caminata, que solía incluir un cruce de pies en el quinto tiempo del compás. Luego seguían varios ochos lánguidos, tras lo cual se empezaba un medio giro que, por regla general, culminaba en una parada.

La danza se podía aderezar con una media luna, en la que el pie dibujaba un semicírculo hacia atrás. Las pausas podían variar entre paradas y sanguchitos, que dejaban tiempo para que la pareja se mirara a los ojos antes de empezar el siguiente paso. Los más aventureros podían concluir con una sentada, en la que la mujer se deslizaba por el muslo del varón, o con un boleó, que recibía el nombre de las famosas boleadoras de los gauchos.

Cuando Fabiola necesitaba un respiro, se encendía un cigarrillo y se dedicaba a estudiar a las otras parejas. Dos pies se convertían en cuatro y era como si un animal se adueñara de la

pista con un resoplido. Una pierna de señora flotaba alrededor de la rodilla de su compañero y la sujetaba por la corva un instante antes de volver al suelo y girar sobre el talón.

Los pies se entrelazaban o se declaraban la guerra y Fabiola aprendió rápidamente qué pasos permitían descifrar la dinámica de poder. Había zapatos que presumían y otros que se hacían de rogar, y a mi madre no le costaba nada predecir si los miembros de una pareja eran almas gemelas. En la mayoría de casos, sin embargo, se trataba de pies que se encontraban por azar, se enamoraban a primera vista y acababan llevándose un buen chasco.

Tras un vermut, Fabiola regresaba a la pista de baile. Un paso doble, puntillas, paso atrás y barrido.

Un buen día, el ambiente festivo se vino arriba y se produjo mi concepción. Fabiola tenía apenas diecisiete años y mantuvo su embarazo en secreto todo el tiempo que pudo. Acabó sentándose en el confesionario, aunque se negó a revelar el nombre del padre. Cuando las monjas comprendieron que ahí el Espíritu Santo no había tenido nada que ver, las murmuraciones se extendieron por toda la jerarquía del convento. ¿Cuánta decadencia se podía dejar entrar en la casa del Señor? Una vez más, la madre superiora tuvo que recluirse en la capilla a conversar con la Virgen.

Las monjas esperaron en vano una señal del cielo por el estilo de la providencial aparición de una gata con una camada recién nacida maullando en el convento. Pero ni por asomo. Mientras tanto, yo crecía en la barriga de Fabiola y, dos semanas antes de mi nacimiento, en diciembre, llegó el mensaje:

En la cocina, un pez saltó de la olla antes de que el agua hirviera y salió patinando por los pasillos del convento seguido de las novicias. El pescado, un tipo de pez globo moteado, acabó en la capilla. Al pez globo le basta con tomar aliento unas cuantas veces para hincharse como un luchador de sumo y aumentar tres veces su tamaño si se encuentra en peligro. Esta especie puede ser un manjar o una última cena, según cómo se prepare. Y aquel

ejemplar en cuestión, henchido de rabia, contemplaba fijamente a las monjas. Aquella imagen hizo decidirse a la madre superiora. Al fin y al cabo, uno debía conformarse con las señales que llegaran, y seguro que Jesús amaba a los peces tanto como a los pescadores. La madre superiora permitió que la fecunda Fabiola permaneciera en el convento, pero le endosó una figurita de porcelana de la Virgen con el niño Jesús en el regazo como recordatorio de la gran responsabilidad que estaba a punto de asumir.

La Virgen era la patrona del convento. Tenía unas delicadísimas manos de porcelana, como si en la vida no hubiera salido jamás sin sombrilla. Era la madre de todos, sobre todo de quienes no tenían ninguna. Y acabó plantada en la mesilla de noche de Fabiola con la cabeza levemente inclinada y una sonrisa para el niño Jesús que tenía en brazos. Mi madre conservó aquella figurita toda su vida. Cuando se acabaron los bailes, fue su punto de referencia más importante.

La madre superiora también convenció a la señora Yvette para que Fabiola continuara en El palacio del zapato después de que yo naciera. Pero lo consiguió solo cuando las monjas prometieron ocuparse de mí durante el horario comercial y solo porque no había nadie en el mundo que vendiera zapatos como mi madre.

LLEGUÉ AL MUNDO con la boca abierta. La madre superiora me puso el nombre de Carmelita, «carmen pequeño»¹. La verdad, Fabiola no fue muy honesta acerca de las circunstancias de mi concepción. En cualquier caso, pocas veces se me llamó por otro nombre que Lita.

Mi primer recuerdo del convento son aquellos cisnes negros con la cabeza envuelta en un trapo. Las hermanas de Santa Magdalena se movían con gracia entre las paredes frías encaladas

¹ Carmen: Verso o composición poética, en especial si está escrita en latín (Nota de la Editora).

y parecían flotar al menos diez centímetros por encima del suelo embaldosado entre el susurro de sus hábitos. La tela de las cofias estaba tan almidonada que les impedía ladear la cabeza con aire coqueto o andar cabizbajas; llevaban la cabeza bien alta, tal y como Dios se la había puesto.

Mientras Fabiola seguía con su fijación por los pies, yo me dediqué a las manos, aunque me era casi imposible encontrar alguna que agarrar; las manos de las monjas estaban siempre ocupadas: entrelazadas para rezar, haciendo doblar las campanas, cuidando del huerto, cortándome las uñas o podando las vides. Aquellas manos servían para servir vino, contar cuentas del rosario y coreografiar todas las tareas del día. Hasta el último minuto estaba ocupado en tareas apacibles.

El convento estaba repleto de un amor etéreo, pero era un amor dedicado a Dios. Todas las manos apuntaban hacia arriba, no había ninguna en la que yo pudiera sostenerme. Todas me soltaban enseguida. Las monjas eran maestras en el arte de poner un paño fresco en la frente de los enfermos y de apartar las moscas, pero los gestos de afecto estaban reservados a los moribundos; para los vivos, las reglas eran otras. Me ponían índices acusadores ante las narices sin la menor advertencia, y me llovían manotazos si me portaba mal, cosa que sucedía a menudo.

Las novicias más jóvenes eran las únicas que aún no tenían dominado lo de las emociones. Sus manos revoloteaban como subtítulos en un universo ordenado, un lenguaje secreto e involuntario lleno de risas ahogadas. La cabeza no siempre sabe lo que hacen las manos, y es bonito cuando se escapa algo que no se puede ocultar ni reprimir. Como encontrarse con un salvavidas rebelde en la palma de la mano.

Mi madre siguió bailando por las noches durante los años siguientes, mientras nuestra presencia se toleraba en el convento. Aunque yo ya había cumplido ocho años, mi madre dejaba la mayor parte de mi educación en manos de las monjas. Tampoco ella dormía muchas horas.

—Ya dormiré cuando sea vieja —decía, sin sospechar que lo último que los viejos hacen con facilidad es dormir.

Las monjas tenían la mirada puesta en la eternidad, pero Fabiola se dejaba llevar por la arrogancia de la juventud y despachaba a sus clientes cargados con zapatos llenos de expectativas.

Yo, sin embargo, debía quedarme en casa con las monjas. Me hacían ir y venir por los pasillos del convento con una Biblia en la cabeza para aprender a andar bien, con la espalda bien derecha y el cuello levemente inclinado. Cuando no me dedicaba a sostener los evangelios en equilibrio sobre la coronilla, sor Beatrice, escocesa, me daba clases en inglés. Me enseñó un montón de frases y me habló de fenómenos místicos como la nieve y los alces. Yo quería saberlo todo: ¿Por qué creó Dios a las arañas? ¿Saben nadar las rosas? ¿Dónde empieza el mundo?

Aparte de las clases de sor Beatrice, la vida en el convento era tan rutinaria que no podía evitar meterme en líos. Yo debía de ser la niña más golosa de todo Buenos Aires, y los dulces de la cocina eran irresistibles. Un buen día, la gula se adueñó de mí. Una crema catalana amarilla como el sol relucía en un cuenco de cristal sobre la encimera. Se habían preparado delicias para agasajar a una importante visita eclesiástica esa misma tarde que me resultaban más tentadoras que el noveno y el décimo mandamiento juntos. Antes de darme cuenta, ya había metido dos dedos en el postre, dejando una marca evidente que, para mi horror, no se podía disimular.

—¿Quién ha tocado mi crema catalana? —refunfuñó sor Beatrice.

—¡No tengo ni idea! —gimoteé yo.

—*Really?* —Me contempló con su cara de cisne levemente ladeada antes de ponerme el pico en las narices. Yo di un paso atrás, consciente de que los cisnes, por bellos que sean, son capaces de partirte un brazo con las alas si les da por ahí.

—*Really!* —repliqué—. Pero, ahora que lo dice, he visto un abejorro muy gordo revoloteando por la cocina esta mañana. Me

pareció ver que hacía un aterrizaje de emergencia en mitad del cuenco.

—*Really?*

Por algún motivo, la pista del aterrizaje forzoso no me supuso ningún castigo físico, pero sor Beatrice aumentó el nivel de sus lecciones. Las horas transcurridas en el oratorio se convirtieron en una mirada caleidoscópica hacia el universo inmenso. A los ocho años descubrí la Vía Láctea y los agujeros negros, pero también desarrollé un ojo para los detalles más pequeños, sobre todo estudiando el diccionario español-inglés de sor Beatrice con lupa.

Al principio había orden. Una palabra llevaba a otra y pronto chocaban como un avispero furioso. Me tropezaba con frases infladas como globos y palabras que no cabían por la puerta. Con el tiempo me di cuenta de que la lengua inglesa no se anda con tonterías, mientras que, en la española, los géneros gramaticales bailan el fandango.

Me convertí en una especie de espía de los idiomas y al final se produjo una suerte de polinización cruzada entre mi español y mi inglés, en la que gran parte de todo el vocabulario inservible que había aprendido acabó guardado en un almacén especial en lo más recóndito de mi cerebro.

La combinación entre una niña precoz y una madre adolescente que no quiere hacer otra cosa que bailar es problemática. Al fin y al cabo, yo no era más que una niña que quería a Fabiola para mí sola, mientras que mi madre pronto se cansó de mis gimeos.

—¡Basta, Lita! ¡No te pongas a darles de beber a los ratones! —me decía si veía que me temblaba el labio inferior, anuncio de un llanto inminente.

Fabiola era una gata de largas piernas capaz de ronronear, maullar y acicalarse el pelaje en los patios traseros de Buenos Aires mientras yo intentaba seguirle el ritmo como un perrito que meneaba el rabo con la esperanza de que le dieran una

golosina. Un cachorro entusiasta que olvidaba una y otra vez que, tarde o temprano, se llevaría un manotazo en el hocico o un zarpazo, porque los gatos son como son. Y, sin embargo, yo la seguía incansable, al menos, al principio.

TENÍA TERMINANTEMENTE PROHIBIDO abrir la vieja caja de zapatos de mi madre. La misma en la que su padre desconocido la había dejado en la puerta del convento, que reposaba bajo nuestra mesilla de noche envuelta con una cinta de raso azul. Era el santuario de Fabiola, que percibiría el mero hecho de que yo posara la vista sobre la caja como una intrusión en lo más íntimo de su ser.

También me estaba prohibido probarme los zapatos de mi madre, sobre todo cuando ella no estaba en casa.

—¿Quién se ha puesto mis zapatos de tango? —preguntó un buen día—. ¿Has sido tú, Lita?

—¡No! —respondí yo con indignación.

—¡No me engañes! Los cordones están pringados de crema catalana.

—¿Y qué?

—¿Que no has sido tú?

—¡No!

—Madre mía... ¡déjate de tonterías!

—¡No, ha sido el Huevo!

—¿El Huevo?!

—Sí, era él quien quería probarse los zapatos. He hecho todo lo posible por impedirselo, ¡pero el Huevo hace lo que le da la gana!

No sé cómo se me ocurrió, pero así fue cómo el Huevo llegó a casa de repente. Los abejorros que se veían obligados a hacer aterrizajes de emergencia no habrían impresionado en absoluto a Fabiola, así que tuve que pensar en algo más potente.

El Huevo se tiraba desde mi coronilla para aterrizar en el plantel de espinacas. El Huevo era travieso y liante. Un anarquista... sí, a veces anarquista y todo. La cuestión es que, por

algún motivo que desconozco, Fabiola aceptó la explicación sobre mi revoltoso amigo. Tal vez entendió que yo también albergaba un cierto espíritu revolucionario, encerrada como estaba en aquel convento en el que me pasaba los días entre rezos con la cabeza muy tiesa para que no se me cayera la Biblia.

Supliqué a las monjas que pusieran un plato más a las horas de las comidas bajo el devoto pretexto de poner la mesa para Jesús. Las monjas se derritieron con aquella ocurrencia, aunque pronto empezaron a sospechar que el nombre de mi amigo invisible no era, precisamente, Jesucristo.

El Huevo tenía muchas ganas de vivir, hasta el punto de que a veces era difícil seguirle el ritmo. Cruzaba en rojo, robaba flores en el mercado y se olvidaba de rezar antes de acostarse. A mi nuevo amigo se le ocurrían toda suerte de ideas peregrinas y me dejaba a mí los platos rotos. Sin embargo, a pesar de que era un revolucionario, el Huevo era muy frágil a la vez.

—¡Cuidado! —chillaba yo a las monjas mejor alimentadas—. ¡Ahí está sentado el Huevo! ¡Se romperá!

El tanguero nocturno de Fabiola no me apasionaba, puesto que para mí el mundo era más bonito cuando tenía cerca a mi madre, por mezquina que pudiera ponerse conmigo.

—¡Mierda! ¡Qué enfadada estoy, ya se lo puedes decir al Huevo! —gritaba mientras se cambiaba de vestido—. Dile que quiero que encuentre mis zapatos de tango de tacón alto... ¡Y que me los traiga ya!

—Se porta fatal —suspiré yo—. ¡No sé qué haré con él!

—¡Basta ya, Carmelita! —Fabiola solo pronunciaba mi nombre con todas sus letras cuando estaba fuera de sí de rabia—. Si el Huevo no encuentra mis zapatos inmediatamente, os vais a llevar los dos un buen pescozón y os echaré al agua hirviendo, ¿entendido?

—¡No, gracias!

Me encontraba ante un dilema: ¿me arriesgaba a una zurra apresurada si me negaba a rescatar los zapatos del escondite del

Huevo, o se los daba a Fabiola, consciente de que ella se iría corriendo al salón de baile más cercano y yo me quedaría para rezar vísperas?

Por regla general, esas batallas las ganaba Fabiola.

Para mi madre, la figurita de la Virgen era irremplazable. Pero la porcelana es una cosa muy frágil y, aunque a mí me estaba prohibido acercarme a la figurita, el Huevo no pudo evitarlo.

Fabiola acababa de irse al trabajo cuando al Huevo se le cayó la Virgen al suelo. El corazón me dio un vuelco, consciente de que mis días estaban contados. Recogí a la Virgen mientras me secaba el sudor de la frente con la sensación de haber escapado de una catástrofe porque, para mi gran suerte, la Virgen no se había hecho añicos, así que le quité el polvo y la dejé en su sitio como si no hubiera pasado nada.

Fabiola regresó por la tarde y no pasó mucho rato hasta que su voz empezó a resonar por los pasillos del convento:

—¡CARMELITA!

Nadie le respondió.

—¡CAR-ME-LI-TA!

—¿Sí...?

—¿Has tocado a la Virgen?

—¡Por supuesto que no!

Entonces me di cuenta: aunque la Virgen María estaba de una pieza, el Niño Jesús había desaparecido de su regazo. Era algo tan grave que ni siquiera me atreví a echarle la culpa al Huevo, sino que me inventé una milonga sobre insidiosas corrientes de aire que explicaban la caída de la figurita.

Me pasé los días siguientes echándole la bronca al Huevo mientras buscaba desesperadamente al niño en honor al cual se habían construido catedrales en todo el mundo. Pero el niño Jesús había desaparecido. Fabiola estaba inconsolable; la madre superiora se ofreció a comprarle una figurita nueva, pero ella no quería ni oír hablar del tema.

Un par de semanas después me senté en el jardín del claustro a contemplar a uno de los gatos silvestres del convento, que perseguía a una presa. La cacería había durado ya un largo rato y, cuando el gato se me acercó, descubrí para mi horror que lo que tenía en las fauces no era un ratón, sino el bebé de porcelana. El Salvador estuvo a segundos de ser devorado; por suerte, yo tenía en el regazo un plato de sardinas que me sirvieron para negociar.

Logré atraer al gato y, cuando se levantó sobre las patas traseras entre bufidos para llegar hasta las sardinas, logré arrancarle al niño Jesús de entre las zarpas.

Cerré las manos alrededor del bultito de porcelana y entré corriendo en la capilla, donde las monjas estaban rezando.

—¡He encontrado a Jesús! —gritaba yo—. ¡He encontrado a Jesús!

—¡Ya lo veo! —La madre superiora hizo un gesto a las demás—. ¡La esperanza es lo último que se pierde!